

¿Tiene usted ya

el lujoso

**ALMANAQUE**

de

La Novela Semanal  
Cinematográfica

con el que se regala  
un estupendo

**ALBUM**

(cubiertas cartón y papel tela)

para coleccionar las  
postales del año 1924?

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA  
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE 10, TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 136

25 cts.



LA CARTA

por

Lewis Stone  
**Filmoteca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 136

---

## LA CARTA

---

Comedia de profunda moraleja, de Luis B. Mayer,  
dirigida por John M. Sthal, e interpretada por  
el genial actor **Lewis S. Stone**  
y la excelente actriz **Cleo Madison**,  
en los rôles de  
*Juan y Mary Emerson*, respectivamente.

---

**Fist National Attraction**

---

Exclusivas  
**GAUMONT**



Paseo de Gracia, 66  
**BARCELONA**

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**I. WARREN KERRIGAN**

# LA CARTA

Argumento de la película de dicho título

*El autor dedica esta comedia a todos los hombres y a todas las mujeres, en particular a aquellos que al llegar al otoño de la vida, abucinados por el brillo del sol y la limpidez del aire, creen que ha vuelto la primavera...*

## I

Veinte años hacía que Juan y Mary Emerson estaban casados. Veinte años que habían pasado como un soplo, sin que jamás una nube de discordia hubiese enturbiado su felicidad.

Abre la página de nuestra historia un día de sol brillante de Mayo.

Juan y Mary sueñan aún en sus respectivos lechos que se codean.

Ha despuntado la jornada espléndidamente engalanada.

De pronto, Mary, se incorpora en su cama, consulta el reloj de la mesita de noche, y se viste de prisa para reintegrarse a las obligaciones del hogar.

Sus manos tropiezan con "El Otoño de la vida", obra que ella y su marido leen. Hojea instintivamente el libro y lee:

*"Un hombre se casa a los veinte años, convencido de que desea una amante. En realidad, lo que necesita es una madre, los cuidados, los mimos, las atenciones de una madre. Las mujeres que poseen talento suficiente para comprenderlo, saben llenar esta necesidad..."*

Mary sonrío con inefable ternura y contempla a su marido que sigue entregado a la mullida caricia de la lana.

—No hagamos ruido—murmura—; descansa tan a gusto...

En uno de sus movimientos, Juan se ha puesto frente a la luz, y como ésta hiere sus ojos, da media vuelta en la cama subiéndose hasta la frente el embozo. Mary, amorosa, le ayuda a sumirse en la tibia obscuridad que él busca.

Y sobre la punta de los pies se aleja de la cámara conyugal.

Los cuidados maternos de Mary no se limitan a su marido: sabe repartirlos en partes iguales entre él y su hija Laura, que está en esa edad en que la vida se nos presenta vestida de color de rosa. Tiene diez y ocho abrigos... y no falta quien se está *muriendo* por sus puras sonrisas.

—Anda, vidita, levántate. Son las ocho.

—¡Qué lástima, mamita! Me interrumpiste en lo mejor de mis pensamientos...

—Lo siento, Laura.

—¡Fué una broma! ¿En quién podía yo pensar sino en ti?

—En tu padre...

—Cierto...

—En...

—En nadie más, mamá... No seas maliciosa.

—Bueno; vístete, si quieres ayudarme un poco...

—En seguida, tesoro mío.

Juan sale de su cuarto mientras su mujer prepara el almuerzo para los tres. Despabila sus músculos con rutinarios ejercicios, y abre una ventana que da al verde campo, para recibir de pleno la perfumada aura.

Mary se apresura a aconsejar a su marido:

—Cuidado, Juan... el aire todavía es fresco y puedes constiparte...

—¿Resfriarme en esta deliciosa mañana de primavera?... ¡Jamás!

Pero no bien acaba de contestar con esa seguridad de muchacho de veinte años, el aire le cosquillea en la nariz y, ¡atchim!, estornuda por dos veces.

Mary no ríe todo lo que quisiera, por no dar a entender a Juan que debía haberla obedecido inmediatamente y que se alegraba de la lección que él acababa de recibir. Dibujóse sólo en sus labios una deliciosa sonrisa que hizo sonreír a su vez al castigado cuarentón.

La hora del desayuno: el momento en que Mary se siente más maternal que nunca.

Laurita vive feliz, como flor pletórica de vida en un jardín de ensueño. Y es que su corazón tiene ya sus *cosillas*... y cada nuevo día de la esplendente estación parecele más hermoso que los anteriores...

—Papá, ¿verdad que no hay nada comparable a la primavera?—le pregunta con singular intención.

—Nada, hija mía, nada...—asiente Juan—.

Sobre todo, cuando es como la que atravesamos... ¡Hasta yo me siento rejuvenecido!

—¡Bah, bah!—interviene Mary—. A los viejos no nos queda otro recurso que tomar medicinas en todas las estaciones del año. No creas, Juan, que la Primavera te dispensará de ello. Conque, abre esa boca y tómate la acostumbrada cucharadita de jarabe.

—Quita, mujer. Eso es tan amargo...

—No, Juan, no digas que no... Tienes que tomarla...

Laura sonríe viendo a su padre cerrar los ojos y apretarse la nariz para ingerir la medicina.

Luego, al ir a probar el almuerzo, Juan protesta otra vez:

—Mary, ya sabes que me gustan los huevos bien cocidos.

—Lo sé... pero sé también que cuando los tomas muy cocidos, no tarda en presentarse la indigestión.

Y Juan se ve obligado a acatar el régimen impuesto por su estómago.

Llega la noche.

¡Noche encantadora de primavera, en que el Niño Amor lanza las flechas de su repleta aljaba desde los cálices de las flores!

Juan, bajo la influencia del suave ambiente, recuerda su lejana juventud y su corazón retoza inquieto en su ya gastada caja.

—Mary, hace una noche deliciosa...—dícele a su esposa—. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

Laurita observa ingenuamente a sus padres.

Mary, que trabaja activamente con su compañera la aguja, no comprende el deseo de Juan, y le responde:

—No puedo ahora, Juan... Te estoy repasando la ropa interior, que la necesitarás cuando vayas a Nueva York.

El esposo no insiste, muy a pesar suyo, y procura distraerse fumando una pipa.

En este momento, se presenta en la casa un joven, en quien no es difícil reconocer al preferido pretendiente de Laura, Eduardito Morton, pues las miradas que ambos se dirigen lo certifican en absoluto.

Eduardo saluda a sus futuros suegros, y Laurita, que no es tonta, prepara el aislamiento...

—¡Hasta luego, papaíta!... ¡Voy a dar un paseo, ¿sabes?... un simple paseo!

—Adiós, chiquilla.

Juan sonríe al ver salir juntitos a su hija y Eduardo y recrea su imaginación en recordar sus buenos tiempos de mozo...

Mary sigue, imperturbable, en sus labores...

Cirilo Smith, el rival en amores de Eduardito, llega a presencia de Laurita cuando ésta y su "novio" se alejan de la casa hacia el jardín. Se ha puesto "majo" inútilmente, y estériles son sus intentos de llegar al corazón de la pretendida... porque en él ya no cabe otro cariño que el de Eduardo. De modo que, paciencia y buenos alimentos para conservar las carnes, no escasas, por cierto...

Juan se asoma a una ventana y suspira ante la munificencia de la noche. No lejos de sí, ocultos en el silencio, sus dos criados negros

sesentones, se abrazan cariñosamente. El ambiente está haciendo estragos en sus sentidos.

El también se reconoce *inspirado*, y acérese a su esposa.

—Mary—le murmura—, esta noche me hace olvidar mis canas... me hace sentirme capaz de amarte como cuando tenía veinte años...

—Calla, Juan... Nosotros ya somos viejos para pensar en niñerías—le responde ella, convencida de que da prueba de cordura.

Pero Juan insiste, lleno de amor su corazón y ansioso de revivir unos instantes juveniles.

—¿Por qué hemos de ser viejos?... Estamos en el ocaso de nuestra juventud y tenemos el deber de saborearla, como si en vez de ocaso fuese amanecer...

—Calla, calla, viejo... Fuma tu pipa y déjame trabajar en paz.

Juan se concentra en sí mismo por espacio de breves segundos, y luego vuelve a la carga, decidido a prender en el corazón de su mujer siquiera una brizna del ardor que llena el suyo.

Como Mary se mantiene indiferente, Juan, sin reparar en los medios para llegar al fin, le tira al suelo—como sin querer—el canasto de labores, y la rodea la cintura con sus amantes brazos.

Mary, un tanto disgustada, se libra de su marido y le reprocha su importunidad.

—¡Juan! ¡No es propio de un hombre de tu edad portarte como un chiquillo!

La sensibilidad del esposo se resiente de la incomprensión sentimental de su cónyuge, y

con harto desencanto se retira a su dormitorio.

Desde allí se asoma de nuevo al jardín y ve, frente a su ventana y en el marco de la puerta de la casa de al lado, a sus vecinos—un matrimonio sin hijos en la mejor época de la vida—acariciándose mutuamente.

Eso es demasiado escarnio para sus canas... pero la escena contiene tanta dulzura que no sabe moverse de su observatorio...

De súbito, ciérrase la puerta aquella... una luz surge de una habitación a través de las cortinas de su ventana, dibujándose en las finas gasas dos cuerpos que se atraen... y sepultan la tierna escena unas manos que empujan los ventanillos...

Juan curva su ilusionada cabeza, cierra, a su vez, la ventana, y, con suma resignación, despójase de sus ropas... y se acuesta solo.

## II

Ha llegado el día en que Juan debe salir para Nueva York en viaje de negocios.

Su digna esposa hace su maleta, atiborrándola de trajes interiores, calcetines de lana, sin omitir la medicina...

Juan invita a Mary a que vaya con él. Gustaría que ella aceptara.

—Por última vez, ¿no quieres venir conmigo, Mary?... Este viaje sería para nosotros una segunda luna de miel...

La maternal compañera vacila un poco... mas, al fin, declina la oferta.

—No puedo—contesta—. Hay que hacer en la casa la gran limpieza de todos los años por esta época.

Así, pues, Juan partió solo, no sin que le pe-

sara la determinación de su esposa. Una característica de su enfado fué manifestada arrojando con furia debajo de un mueble uno de los trajes interiores que se oponía al perfecto cierre de su maleta.

Unas horas después, y por vez primera en su vida de casado, Juan se encuentra solo, dueño y señor de su libertad.

El tren, entre cuyos viajeros se cuenta él, devora kilómetros hacia la metrópoli.

En su mismo vagón viaja una señorita que destaca brillantemente del conjunto de desconocidos de ambos sexos por su extraordinaria belleza. Llámase Gloria Sander, es una muchacha muy moderna, el *flirt* le parece de buen tono y cree que el paso del camello es el *non plus ultra* de la elegancia.

Juan se ha fijado en Gloria y parece satisfecho de contemplar de cuando en cuando el armonioso rostro de esa muñeca de carne.

Camino de Nueva York, a poco más de la mitad del trayecto, Juan se apea del coche en una estación donde el tren se detiene unos minutos, y casualmente cae a sus pies, procedente de la plataforma de cola, un cendal finísimamente perfumado. Una dama se asoma al exterior de esa plataforma, y con una sonrisa indica a Juan que el pañuelo es suyo. Una ráfaga de aire se lo llevó de su regazo mientras ella leía.

Esa circunstancia crea a Juan una inesperada amistad con la viajera, quien resulta ser la madre de Gloria, la cual no tarda en aparecer.

—El señor Emmerson... Mi hija Gloria—  
preséntalos la dama.

La niña moderna celebra el encuentro de un  
compañero de viaje y, por su parte, a Juan le  
place sobremanera viajar en tan grata com-  
pañía.

Y en el *restaurant* del tren se juntaron el



...a Juan le place sobremanera viajar en tan  
grata compañía...

otoño y la primavera de la vida.

—Tomaré lo primero un par de huevos bien  
cocidos—dice Gloria, a quien, a juzgar por  
las apariencias le ha caído en simpatía Juan.

Como el plato es su favorito, el cuarentón

—cuyo aspecto algunos jóvenes envidiarían—  
no quiere ser menos que la preciosa criatura  
que tiene a su vera.

—Yo también—encarga al camarero.

Sin embargo, después de la comida, la cana  
que ha echado al aire ha debido caerle en el  
estómago, pues algo obstruye la asimilación  
de los alimentos.

El dolor agudo de la indigestión acrece por  
momentos.

Los consejos de Mary, la esposa-madre, zum-  
ban en su espíritu...

Gloria y su madre advierten el malestar de  
Juan, y se interesan por él.

—No es nada... Siempre que tomo huevos  
duros me sucede lo mismo...

Gloria oculta una risita y manifiesta:

—Yo sé un remedio infalible... Verá usted  
qué pronto se alivia.

El enfermo se dejó hacer.

Las cuidadas manos de Gloria se posan so-  
bre su frente hasta sus sienes, frotándolas sua-  
vemente... y Juan no sabe si el dolor desapa-  
rece o si es el deleite de la caricia lo que le  
alivia su mal...

### III

El viaje de Juan se ha prolongado excesiva-  
mente. Tres meses lleva en Nueva York. Su  
amistad contraída en ferrocarril con Gloria  
y su madre, se ha continuado con sumo agrado  
por ambas partes en la gran ciudad. Sin él  
quererlo se siente satisfecho de sí mismo al la-  
do de la muchacha a la moda, y su existencia  
se desliza suavemente en una fiesta incesante.  
Gloria procura serle lo más atractiva posible

y, al verse él agasajado por la Juventud y la Belleza, ha acabado por olvidar los cuarenta años que pesan sobre su vida.

Contrastando con esa dolorosa realidad, allá en casa de Juan, Mary, la bondadosa mujer, abre su *secrétaire* y con su pensamiento en el hombre amado, le escribe la siguiente carta:

*...Te estoy esperando, querido Juan, mucho más tiempo del que pensaba. A pesar de que tengo a mi hija, me encuentro muy sola... mucho. Echo de menos tu compañía y no puedo acostumbrarme a esta separación prolongada...*

Aquí se suspende el escrito. ¿Qué es lo que lo motiva? Laurita nos lo va a decir.

La monísima hija del matrimonio ha estado hablando largo rato con su novio Eduardo, y ambos han decidido una cosa muy seria: casarse.

Laurita se lo tiene que decir a su mamita, para que le dé su consentimiento... y transmitirlo a Eduardo, que hablará con ella luego. Entretanto, el joven, pasea unos diez metros de jardín arrancando nerviosamente hojas y flores...

—Mamita—murmura Laurita—, perdona que te interrumpa...

—¿Qué haces ahí de hinojos? ¿Vas a confesarte?...

—No es precisamente un secreto lo que voy a revelarte... Se trata de que... Eduardo y... yo... querríamos casarnos la semana que viene...

Mary se emociona a la idea del alejamiento de la niña amada. Pero es fuerte. Abrázase al amor de sus amores y le acaricia.

—Hija mía, ¿tan pronto me quieres de-

jar?... ¡Yo que creía que todavía permanecerías mucho tiempo a mi lado! ¡Pero, en fin, todo sea por tu felicidad!

—Es que el padre de Eduardo lo manda a dirigir su propiedad de Longen... y, ¡claro!, mi novio quiere que yo vaya con él...

—Le sobra la razón... y a ti también... Eduardo, entre usted y no martirice más mis plantas.



—...Se trata de que... Eduardo y... yo... querríamos casarnos la semana que viene.

El aludido, que estaba pendiente de esa invitación, no se la hace repetir, y se apresura a decirle a su distinguida próxima madre política:

—Le prometo que la haré feliz, señora...



Déjela usted venir conmigo... que sea mi compañera en aquel destierro...

—Sí, Eduardo, sí... yo accedo... Pero esto no se puede arreglar tan pronto... Mi marido está en Nueva York y no se puede prescindir de su consentimiento... Mas tranquilícese... Me entenderé con Juan por carta...

Dos corazones hechizados bendijeron a la buena madre, y mientras ellos se entregaban a



...y mientras ellos, se entregaban a soñar con el risueño porvenir...

soñar, muy apretadas las manos entrelazadas, con el risueño porvenir, la sencilla mujer proseguía su misiva para el ausente.

...En este momento, Lavrita me dice que quiere casarse con Eduardo la semana que viene. Sé que miras con buenos ojos esta boda y no creo necesario pedirte un consentimiento,

que ya lo has otorgado hace tiempo. Lo que te pido es que hagas lo posible por venir...

La mano que sostiene la pluma se resiste a seguir escribiendo... Es un lapsus del corazón... Un pañuelo enjuga unas lágrimas...

En cambio, nada de eso en Nueva York.

Juan hállase en uno de los mejores *restaurants* nocturnos concurrido por la buena sociedad. El *jazz-band* triunfa. Numerosas parejas bailan en el hall. Una de ellas Juan y Gloria.

—Me gusta muchísimo bailar con usted—le dice, sonriente, la encantadora muñeca.

El no cesa de admirarla, y la atrae a sí con inequívocas muestras de cariño...

Después de la velada, Juan acompaña a Gloria y su madre a su casa, en cuya puerta despidense, a solas, los dos primeros, habiéndolo hecho antes la tercera del amigo.

Gloria, que se siente inspirada, turba los sentidos de Juan.

—Nunca le agradeceré bastante la deliciosa noche que me ha proporcionado con su compañía... Es usted el más simpático de los hombres...

—Y usted, Gloria, la mujercita más linda del mundo.

—¿De veras?

—¡Cuántas veces se lo habrá dicho el espejo!

—¿Se molestará usted si le hago una pregunta?

—Puede dirigirme las que desee.

—¿Es usted casado?



*—No, Juan, no digas que no... Tienes que tomarla.*

Juan, tras ligera vacilación, niega con la cabeza.

—No, lo adivino en su cara... No lo es. Tengo la seguridad de que no lo es.

Y, sin darle tiempo a Juan de aclarar ese punto, desaparece la irresistible coqueta.

Juan regresa al hotel muy cavilante.

En una mesa de sus habitaciones ve la fotografía de su esposa y vuelve a la realidad.

Llama al ayuda de cámara que le sigue a todas partes.

—Prepara mi equipaje. Mañana me vuelvo a casa en el primer tren.

Pero suena el timbre del teléfono.

—¿Quién?...—pregunta Juan—. ¡Ah! ¿Usted?

—Sí, soy Gloria. Ya me acosté... No olvide usted que mañana hay unas carreras muy interesantes... ¿Puedo contar con su agradabilísima compañía?

Juan cae en la tentación. Olvidase de todo. Es un pobre navegante a quien la voz de la sirena atrae.

—Desde luego, Gloria... Usted 'mande, que yo estoy aquí para obedecerla...—contesta.

Y luego, como la imagen de Mary parece reprocharle su conducta, Juan pronuncia:

—Mary, déjame ser joven un día más... un solo día más... Después volveré a tu lado y fumaré mi pipa al amor de la lumbre...

#### IV

Al día siguiente, en las carreras, Juan reconoció con mayor intensidad la atracción de la fruta prohibida.

Gloria estaba a su lado vestida *au dernier*

*cri*, y parecía más bella que nunca. Sus ojos brillaban como ascuas, sus labios ofrendaban las más dulces caricias... Decididamente, justificadísimo estaba el proceder del hombre casado, pues veía en ella la ilusión eterna mientras que su esposa se le antojaba excesivamente mujer...

Los caballos concursantes cruzaban raudos la pista del hipódromo, entre vehementes aclamaciones de los espectadores. Gloria no se quedó corta en ello y Juan la adoraba en su regocijo pueril.

Por vecinos tenían Juan y Gloria un matrimonio. El marido, que había apostado por su caballo preferido, levantóse de su asiento, en ocasión de un brillante avance de aquél, y lanzó tres o cuatro ¡bravo! estentóreos.

Pero la mujer, *excesivamente seria*, obligó al marido a contener sus ímpetus locos.

—¡Siéntate y no hagas el ridículo! ¡Un hombre de cuarenta años no debe sentir esos entusiasmos de niño!

Juan oyó perfectamente la frasecita en cuestión, y también dióse por aludido. Sin embargo, fué breve el momento de reflexión, pues Gloria se subió a su silla para ver mejor el espectáculo pronto a terminarse, y apoyóse en un hombro. Esa confianza tan naturalmente tomada era presagio de una dicha desconocida para él. Y se sintió joven, capaz de todo, como en sus mejores años...

A la salida de las carreras, Juan invitó a Gloria a subir a su coche *sport* de dos asientos, para conducirla a su casa. Aceptó la frívola, ya que su madre iba en el *aut* de unos

amigos, y presto el de Juan dejó atrás al segundo, por complacer a Gloria, amante de la velocidad.

Entretanto, en el hogar del cuarentón olvidadizo de sus deberes, Mary, en un momento de ocio, leía algunos párrafos más del libro "El Otoño de la Vida", deteniéndose especialmente en el que sigue:

*...Una mujer casada debe saber hacer compatibles sus funciones de ama de casa con el adorno y cuidado de su persona. No se olvide que el hombre, en ocasiones, gusta de encontrar en su mujer una amante cariñosa, y si esto no lo consigue, buscará fuera del hogar lo que en el hogar le falta.*

Entonces pensó Mary más que de ordinario en la tardanza de Juan, y una nube de tristeza empañó su lúcida mente... Pero rechazó enérgica la duda, considerándola irreal, imposible, y siguió leyendo tranquila y confiada.

¡Cuán lejos estaba de suponer la triste verdad!

En efecto, la amistad de Gloria y Juan se desviaba hacia los senderos del amor. Se echaba de ver que se profesaban un gran afecto, y el azar se encargó de acelerar los hechos.

Sucedió que Gloria había visto, a pesar de la velocidad del *auto*, un pajarillo al borde de una avenida.

—No siga, Juan—rogóle ella—. Un pobrecito gorrión pide en su lenguaje que lo devuelvan a su madre.

Detuvo el coche Juan; apeáronse ambos; adelantóse Gloria hacia el animalito, recién llegado a la vida, lo cogió entre sus manos y, des-

pués de acariciarlo, depositólo en el cuenco de un tronco de árbol. Al hacer esa operación, Gloria vió con espanto arrastrarse por dicho tronco una serpiente, y el miedo la arrojó temblorosa en los brazos de Juan.

El contacto del cuerpo enloquecedor de la irresistible muchacha cegó al hombre casado, y fué fatal que rompiera los sellos de la fidelidad conyugal, besando sus labios los de otra mujer...

Gloria había vencido y estaba gozosa de ello.

## V

Eso es lo que había sucedido el día de las carreras.

Ahora, de regreso en el hotel, Juan se entristece ante la fotografía de su esposa, y le murmura:

—¡Dios es testigo, Mary, de que yo no quería que hubiese sucedido esto!

Resuelto a sincerarse con ella, la escribe, con dolor en el alma, esta carta:

*Queridísima Mary, la más santa de las esposas, la más buena de las madres:*

*Lo único digno que puedo hacer al dirigirme a ti, es decirte la verdad, noblemente, francamente, pues no mereces que te engañe.*

También—como cuando Mary le escribió a él aquella carta anunciándole la próxima boda de Laurita, para que asistiera a ella—detiéndose la mano de Juan, para serenarse un poco.

Simultáneamente, como un aviso misterioso, Laurita sorprende a su mamá tapándole los ojos y poniéndole en su cabeza un lindo sombrero.

—Mírate en el espejo, mamita—le dice.

—Déjame. Soy ya demasiado vieja para estas cosas...

—No lo digas... Mírate bien... Estás joven y guapa...

—Quita, quita...

—Papá tenía razón al decirte que una mujer de cuarenta años debe sentir el mismo deseo de agradar que una de veinte... Sólo así está segura de no ser suplantada en el corazón de su marido...

—¿Cuándo me dijo eso tu padre?

—¿No lo recuerdas? No debiste dar importancia a sus palabras, porque sabes que papá es muy bueno, pero yo... yo querré ser siempre joven cuando me case...

Mary se entrega a la meditación, a solas, pues Eduardo reclama a su lado a su novia, y si bien resurge la duda por la tardanza del esposo, la dignidad de su gran corazón la rechaza de nuevo.

Y Juan, dominado por el recuerdo de los labios rojos de la primorosa muñeca, continúa la carta:

*...Has dejado que pase la juventud olvidando el amor y la ilusión, lo único que yo te pedía. No te reprocho, en tu criterio has sido buena esposa y buena madre... Pero yo no me siento viejo todavía y he encontrado el amor. ¿Voy a permitir que pase por mi lado sin tratar de retenerlo?... Por eso te pido, Mary, que me devuelvas mi libertad...*

Terminada esa carta, y no sin vacilar mucho antes de decidirse a hacerlo, sale Juan del

hotel para echarla al correo e ir después a visitar a Gloria.

En la calle, luchando con el deber y el nuevo amor, Juan no se atreve a inclinarse por uno u otro, temiendo cometer un error irreparable. Por fin, obligado por la fatalidad, echa la carta en un buzón público ante el cual se ha



*Terminada esa carta y no sin vacilar mucho antes de hacerlo, sale Juan del hotel...*

detenido todavía indeciso. Tal vez no la hubiera echado, pero la llegada de un desconocido ante el citado buzón con una carta en la mano, y la amable invitación que le hizo de que depositara él antes la suya, movió el brazo de

Juan y la boca de la caja metálica tragóse el adiós al hogar...

Mas en aquel momento, algo inesperado— la presencia del novio de Gloria—, amenaza destruir las ilusiones de juventud de Juan.

—¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto. Roberto!... ¿Por qué has tardado tanto?... Me he sentido tan sola, tan sola... que hubiera hecho cualquier locura...—dícele la frívola muchacha al recién reaparecido, echándole sus brazos al cuello y mirándole con inenarrable grato asombro.

—¡Pues ya estoy de nuevo aquí. Gloria mía!

—Ahora ya no nos separaremos nunca, ¿verdad?

—Nunca, nunca... porque he arreglado todos mis asuntos para que podamos casarnos a la mayor brevedad.

—¡Oh, Roberto, cuán feliz me haces!

En este instante, aparece Juan ante los dos prometidos entregados a la alegría del reencuentro.

Lo que ve hiere su corazón y ofusca su amor propio. Sin embargo, hombre cabal, pregunta con serenidad a la frívola, que le mira con sincero arrepentimiento:

—¿Puedo saber quién es este caballero y por qué lo besa usted?

El aludido contesta por Gloria:

—Esta señorita va a ser mi esposa... Hace mucho tiempo que somos prometidos.

Juan auna sus esfuerzos para sobreponerse a su desengaño.

—Gloria, ¿es verdad... eso?—pregunta.

—Es verdad... Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él, que creí que no volvería nunca más...

Juan siente que sus sentidos se adormecen al zumbido de su gran error, y permanece un momento silencioso.

—Tenga usted en cuenta que nos queremos desde niños...—añade, implorante, Gloria.

Y Juan comprende... y perdona... y hace más:

—Sean ustedes felices y que su amor perdure eternamente.

—Gracias, caballero.

Los dos hombres se dan las manos.

—Gracias, Juan...—balbució Gloria, sentimental.

Y se apaga la ilusión...

## VI

Ahora, ante el fracaso de sus sueños, comprende Juan que ha obrado mal y quiere, a toda costa, reparar su falta. Si logra detener la carta todo estará salvado.

Pero el correo ha sido recogido ya, y se le notifica que su carta saldrá hacia destino en el expreso de la noche.

Juan prepara su maleta y vuela en su lujo- so automóvil de paseo hacia la estación.

¡No está de suerte! El tren acaba de partir.

—¿Dónde está la primera parada?—pregunta a un empleado con la intención de alcanzar en ella al tren.

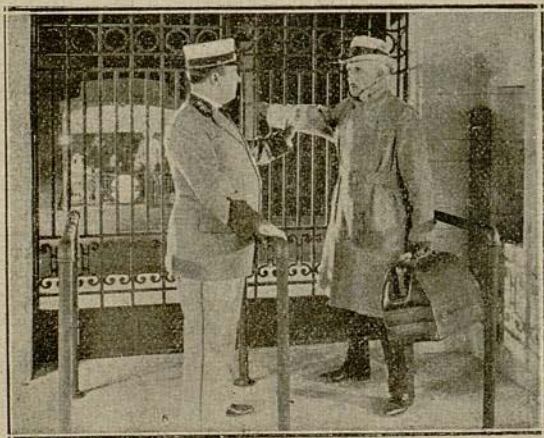
—En la estación de Haron, para cambiar de máquina—le responde aquél.

Y, temerariamente, olvidándose de su ayu-

da de cámara, Juan lanza su automóvil a toda velocidad hacia Haron.

Pero no llega a tiempo, y su único pensamiento es detener aquel tren que devora los kilómetros, indiferente a su ansiedad...

El único medio para lograr su propósito es interceptar su libre paso oponiéndole el automóvil cruzado en las vías. No titubea en sacrificar unos miles de dólares por la recupera-



*¡No está de suerte! El tren acaba de partir.*

ción de su dicha en peligro. De modo que, se apea del coche y, habiéndole tomado ventaja al tren aprovechando ciertas pronunciadas curvas, realiza su hazaña.

El choque ha sido terrible. El automóvil ha quedado completamente destrozado. Detiéndose

el tren para descongestionar la vía. Juan se vale de ello para subir al expreso, y gracias a este procedimiento él podrá llegar a su casa antes que la carta o por lo menos casi al mismo tiempo. Es preciso que así sea. Si bien es cierto que poco antes estaba dispuesto a destruir la felicidad de su hogar, daría ahora la vida por impedir que llegase a su casa la carta que escribiera en un momento de locura.

No necesita de comentarios la alegría que la vuelta de su marido causa a Mary, pues Juan llega a su casa el mismo día de la boda de su hija.

No había dejado de extrañar a Mary el silencio de su esposo, pero ahora todos sus temores considéralos injustos y las caricias del amado le devuelven la felicidad.

—Laurita estará casada dentro de una hora... Me temía que no llegaras a tiempo.

Juan se disculpa, con oculta intención.

—Entonces... ¿mi carta no ha llegado?

—No; no he recibido noticia de tu regreso. Por cierto que me tenías intriguada.

—¿Pensaste mal, Mary?

—No, Juan... pensaba que debías escribirme más a menudo... Pero, habrás tenido tantas ocupaciones... Anda, corre a vestirme... Faltan sólo algunos minutos para la llegada de los invitados.

Juan obedece como un autómatas, y una vez vestido de ceremonia, busca a la doncella de su esposa y le dice:

—Si llega alguna carta para la señora, entréguelame a mí.

Y durante la ceremonia nupcial—que se celebra en su propia casa—Juan no vive devorado por la impaciencia y el temor de que la carta llegue a manos de su esposa.

## VII

Por una torpeza de la doncella, la desagradable carta es entregada a Mary, pues ésta, que se le ha visto en una mano, se la ha pedido aunque sin pensar que va dirigida a su nombre.

Al ver—por el sobre—que es una carta de su marido, se alegra y la esconde en su escote, para leerla luego, pues ahora Laurita, ya desposada, necesita de sus consejos y ayuda para cambiarse de ropa para salir de viaje inmediatamente.

Juan—que lo ha visto todo—pide a su esposa que le enseñe esa carta, con objeto de hacerla desaparecer mientras Mary esté con su hija.

Pero no lo consigue, pues Mary se niega a dársela.

Juan teme que toda esperanza está perdida y se desespera interiormente, reprochándose el paso en falso que diera y el disgusto que por su causa sufrirá su admirable Mary.

Su angustia es atroz. Si le dijeran que dejándose cortar una mano se desharía lo hecho, con gusto ofrecería su mano.

Ya está *preparada* y lista Laurita. Su joven esposo va a buscarla a su cuarto y con ella se reune con los invitados, despidiéndose.

Mary, sola, abre la carta de Juan, y pensando leer en ella frases cariñosas, recibe el latigazo de la realidad. Llora y llorando sus

ojos releen una frase que es un reproche egoísta.

*...Desde que tus manos tocaron los primeros zapatos de Laurita, despreciaste el amor de esposa, para convertirte en madre solamente.*

*Olvidaste que yo era joven, que necesitaba amar, que estaba enamorado de ti...*

Y en aquellos momentos, Mary, con angustia infinita, pensó que su marido había vuelto solamente por el matrimonio de su hija y que al día siguiente volvería a partir tras aquel amor que, al parecer, llenaba su alma...

Juan la esperaba un tanto apartado de todos.

Mary, ocultando el llanto que la inunda de pena interiormente, se reintegra a la fiesta.

Eduardo se despide de su madre política, habiéndolo hecho ya de su suegro, mientras Laurita hace lo mismo con sus amigas.

Juan no cesa de escudriñar en los ojos de Mary. ¿Habría leído su carta?

Ella finge naturalidad. Teniendo a su lado a su esposo y a su yerno, los abraza a un tiempo y exclama:

—¡Mis dos muchachos queridos!

Y añade, refiriéndose a Eduardo:

—Quiero que me prometas que serás siempre tan fiel y tan bueno para mi hija, como Juan *lo ha sido para mí...*

El culpable no sabe adivinar si en las palabras de Mary se refleja la piadosa mentira o la ignorancia de la verdad.

La duda roe su cerebro sin compasión.

Por fin, parten los novios a gozar de su



luna de miel... entre la algarabía de la juventud.

Márchanse los invitados paulatinamente... y quédanse solos Mary y Juan.

Ella sigue disimulando y dice a su esposo:

—Juan, no sabes cuánto te agradezco que hayas abandonado tus *negocios* para asistir a la boda de tu hija... aunque mañana te vuelvas a marchar...

Vibra en ella la emoción... ¿Por qué será? se pregunta Juan. ¿Acaso la tristeza de la separación de Laurita? ¿Tal vez por... la carta? Es indispensable salir de dudas. La revelación y la disculpa se imponen. El procurará que ella le comprenda... y olvide.

—Mary, tengo que hablarte...—comienza.

—¡No, ahora no, Juan! Saboreemos la felicidad del momento... Mañana me hablarás.

¿Por qué se obstina Mary en que no salga a la luz la verdad? Juan está perdido en un mar de confusiones.

En cambio, Mary, sigue hablándole con ternura:

—¿No te recuerda todo eso nuestra boda? Estamos solos ahora... exactamente igual que hace veinte años... Pensemos que estos veinte años no han pasado... que somos jóvenes como entonces...

—Mary, mi dulce Mary, déjame que te diga... quiero que sepas...

—¡No hables, Juan!... Estás cansado del viaje y necesitas reposo... Quítate el frac y ponte la bata y las botas caseras... Tres meses hacía que no te preparaba tus cosas... ¡Qué eternidad!

Juan obedece. El remordimiento no le deja respirar con sosiego. Mary le parece más bella que nunca y la adora como el primer día que la besó.

Y ya no puede seguir sufriendo.

—Mary, dame esa carta que yo te mandé...

—Pero... ¿no la escribiste para mí? ¿Por qué no puedo abrirla?

—Te suplico que me la des...



—¿Sabes, Juan, que empezaba a estar algo celosa?

—Ya comprendo... Seguramente te avergüenzas de las frases cariñosas que sin duda me diriges en ella... ¿no es eso? Pues voy a abrirla... Mas no; no quiero leerla... Puesto que estás aquí, a mi lado otra vez, prefiero escuchar esas frases cariñosas de tus labios...

Juan la atrae a sí con pasión, y exclama:

—¡Mary, te quiero más que nunca!  
 —Ya lo sabía...—murmura ella perlándosele los ojos y quemando la reveladora carta.  
 —¿Qué haces, Mary?  
 —Ya lo ves... ¿No fumas tu pipa? Para algo ha de servir tu carta... aunque no sea más que de lumbre...

—¡Mary, Mary!...  
 —¿Sabes, Juan, que empezaba a estar algo celosa?... Muchas veces pensaba: un hombre en Nueva York, con cuarenta años y con dinero...  
 —No es tan joven como él se lo figura, Mary... ¡Cuánto te quiero!  
 —Quiéreme siempre como hoy, Juan... Ya ves: Laurita se nos fué... Estamos solos...  
 —Sí, Mary... Seremos eternamente felices... A los cuarenta años, lo amable es esto... el hogar, la esposa amante, la hija que se casa...  
 Y Mary lloraba... y, aquella noche, durmió-se muy pegadita al corazón de Juan.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO: La excepcional novelita basada en la extraordinaria película Paramount Especial,

## La Caravana del Oregón

Intérpretes principales:

J. WARREN KERRIGAN y LOIS WILSON

Postal-fotografía-regalo: BILLIE DOVE

Precio: 25 céntimos.